

Nessun Dorma



Pedro Martín González

Escuchaba atentamente al veterano director de cine mientras hablaba, apasionadamente, de su trabajo. Explicaba la importancia que daba tanto a lo pequeño como a lo grande, subrayando la existencia de una “*tensión permanente*” que le obligaba a mantener el mismo nivel de exigencia, se tratara de algo efímero o circunstancial, o fundamental y principal.

Concluyendo, le espetó al periodista:

“Una película está formada por una sucesión de elementos perfectamente ajustados. Cualquier error en plano, ángulo, diálogo, efecto, luz, atrezzo, eje de acción, encuadre, secuencia o guion, elimina la perfección a la que aspira un director. La obra de arte es resultado de una secuencia infinita de pequeños y grandes detalles tratados, todos ellos, con idéntico afán, esmero, amor.”

Me sentí identificado con su planteamiento, haciéndolo mío, pues una situación análoga encuentro en el transcurso de la elaboración de mi propio trabajo. Cada secuencia es producto de la anterior, todas están conectadas entre sí. Sin esa continuidad, que pretende la excelencia, no es posible llegar al final de un ejercicio tan complejo como es un kata.

Más tarde, leyendo una entrevista realizada a la viuda del gran tenor, Luciano Pavarotti, en la que hablaba de la voz única de su esposo, fallecido en 2007. Volvió a mí ésa sensación de proximidad, ésta vez con el espíritu del maestro italiano.

Nicoveta Mantovani se expresaba así:

“Una tras otra, las palabras salían de su portentosa garganta, expresando el contenido inmenso de su personalidad, en un titánico esfuerzo por modular cada sílaba con genio, afinando los timbres lo justo y necesario, entonando con precisión todas las escalas que la obra demandaba para, finalmente, quedarse en éxtasis durante unos minutos, concluida ya su actuación.

- ¡Amó tanto la vida! –dijo emocionada-

Cada modulación era posible porque él había vivido en el seno de cada palabra, en cada gesto, en cada escena.

En efecto, no es sólo la técnica, son las esperanzas que han formado parte de los días, los fracasos que nos han hecho recapacitar, las experiencias con las que maduramos. Es lo vivido, eso que queda patente en la voz. Por esa razón su voz era él mismo. No había distinción entre él y su voz.”

En un concierto ofrecido en Roma, rendida ya el aria *Nessun Dorma*, última pieza de la ópera *Turandot*, de Puccini, Pavarotti parecía no regresar del estado de trance en el que estaba sumido, permanecía allí, en un terreno muy personal que sólo él conocía y le costaba abandonar.

Durante unos minutos gloriosos, Pavarotti se había convertido en el mismísimo “*Príncipe Desconocido*”.

Y yo, que siempre he pensado que, como soy, así veo el mundo en derredor; que opino que no hay nada dentro ni fuera, sino que todo lo que está dentro está fuera; que he aprendido que para ser más, hay que ver más; que he sido testigo de que todo lo que asciende, converge; que he visto con mis propios ojos que hay luz en la oscuridad y ríos en el desierto; que he descubierto que lo grande y lo pequeño lo son por equívoca comparación; que he entendido que como es arriba es abajo; yo, decía, me quedé varado sobre la madera de mi sencillo *dōjō*, entregando cuerpo, mente y espíritu en cada gesto, mirada o sensación, para descubrirme, en el interior de la arquitectura del *kata*, como un verdadero hombre de *Budō* y, desde la humildad de mi trabajo, me sentí en sintonía con aquél director de cine y aquél tenor magistral.